



MARGUERITE DURAS, ESTO ES TODO

◆ SILVIA MIJARES

Marguerite Donnadiou nació en 1914 en los suburbios de Saigón. Su padre fue profesor de matemáticas y murió tempranamente en 1921. Su madre fue maestra en una escuela nativa. Marguerite fue la tercera hija y tuvo dos hermanos. La familia permaneció en Indochina hasta 1932 y ella se trasladó a París para estudiar derecho, matemáticas y ciencias políticas. Colaboró en 1943 en la resistencia contra los invasores nazis. En ese mismo año cambió su apellido

y adoptó el nombre de un pueblo del sudoeste francés que se llama Duras. Desde ese momento se llamará Marguerite Duras. Ese apellido la convierte en otra mujer, una escritora que necesita expresar sus experiencias a través de las palabras que son su pasión. “Soy escritora. Ninguna otra cosa merece la pena retener.” Porque la escritura es su vida, su oxígeno, el zumo descollante que le permite usar sus propias palabras, de las que no puede dejar de vanagloriarse.

La impudicia fue el título de la primera novela que editó. Tuvo una creación sostenida y variada, compuesta de novelas —más de veinte— y guiones cinematográficos. En 1975 dirigió una de sus películas primordiales en que trataba temas de amor, tragedia, pérdida, así como el rescate vía la memoria. En 1984 publicó *El amante*: este libro le valió el premio Goncourt.

Marguerite Duras tuvo una cultura asombrosa. Su obra es al mismo tiempo literaria, cinematográfica, teatral y política. Al séptimo arte ingresa con *Hiroshima mon amour* para recordar, entre otras cosas, a la joven francesa que estuvo loca en Nevers.

La realización de esta película corrió a cargo de Alain Resnais y del guion y de los diálogos se encargó Duras.

El 6 de agosto de 1945 una bomba atómica secretamente preparada por los científicos norteamericanos y británicos fue lanzada sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, con un resultado inmolador. Más de la mitad de la población fue totalmente aniquilada. Estos hechos ocurrieron mientras Japón avanzaba sobre China. Sin embargo todos los horrores que suceden en la guerra como el hambre, los heridos y los muertos, no desaparecen con el cese de las hostilidades.

En este tiempo podría parecer candoroso que una película que exhibe las llagas de los vencidos se debe a una situación simplemente política.

Hiroshima. En el verano de 1957 se encuentra en esa ciudad una francesa de aproximadamente treinta años. Ella va a trabajar en una película sobre la paz.

La trama comienza en la víspera del retorno de la mujer a Francia. El rodaje del film en que trabaja casi está terminado, lo único que falta es trabajar en la última secuencia. El nombre de los protagonistas no se dará a conocer. Esa pareja casual no aparece al principio de la película: lo que aparecen son cuerpos cercenados. El tronco y los brazos se ven moviéndose, abrazándose, cubiertos con las cenizas de la explosión

atómica. En este caos los únicos cuerpos que pudieron aparecer fueron los de la pareja, después se ven acostados, desnudos por completo. Platican sobre Hiroshima. La francesa dice que es horrible lo que ha visto, él niega las imágenes artificiosas y engañosas y repite que ella no ha visto nada en Hiroshima.

Su primera comunicación es ilusoria. No se puede hablar de Hiroshima. Lo único que se puede hacer es callar. La turbación, el pánico, la atrocidad y el espeluznante desfile oficial celebrado en Hiroshima, recordado en el lecho del hotel. Esa mención es envilecida, libre y voluntaria. En la ruta de los amores adúlteros, casuales, fortuitos, se puede hablar de Hiroshima, y si se habla de ella con blasfemia e irreverencia, claro que es Hiroshima misma. El espectador o el oyente deberían evadirse limpios y liberados de los prejuicios, aceptando con ánimo todo lo que va a contarse de los dos protagonistas.

La historia es ordinaria, es una trama que sucede cotidianamente. El japonés es casado y tiene dos hijos. La francesa también es casada y tiene dos hijos también. Esa noche la pareja tuvo un lance allí mismo en Hiroshima.

En la película nada es casual, allí cada palabra, cada gesto tiene una intención suplementaria en su propósito literal. En las indicaciones de la película se trata de desaparecer el horror por el horror. Pero hacer renacer el horror de las cenizas —registrándolo en un amor forzosamente íntimo y deslumbrante— fue la mejor manera de hacerlo creíble porque sucedió en Hiroshima y no en otro lugar del mundo.

Todos los libros que ha escrito Marguerite son literarios y tienen que ver con el realismo interior, íntimo. Su espacio es el sueño, la vela, el insomnio que ofrece al lector buscar en la profundidad de la noche seres, cosas, ilusiones, etcétera. Además pretende llegar hasta lo más hondo para encontrar su verdad. Ya corresponde al leyente buscar sus obras y a través del libro establecer una relación con la escritora.

Yo, el lenguaje,
creo que lo conozco
En eso piso fuerte.

Añade:

He escrito toda una vida
Como una imbécil, he hecho eso.

En *Emily L.*:

Hace falta imbecilidad para empezar a creer que es posible... Se empieza. Y después eso llega, se escribe, se continúa. Y después, de repente, todo está hecho.

A pesar de todo se prueba que el deseo de escribir resiste. El suceso se reduce y se aclara lo escrito, no lleva a la salvación, sino a un obstáculo contra la muerte. La divagación se expone en un título: *El libro que debe desaparecer...* Ya nada hay que escribir, Marguerite ya no existe, punto final.

Duras siempre ha buscado preferencias no dirigidas por el tiempo de los péndulos, sino por el tiempo inesperado, inaudito, valeroso para la memoria. Entre ciertos libros nos conduce hasta el presente. Enreda las épocas sin más y usa el punto y aparte. La frase asocia la incertidumbre del día, “date prisa”, “nunca se sabe”, etcétera. Mientras la duración temporal queda abolida, la descripción se limita a fijar el asunto extraviado y huidizo del momento presente, y divide entre sí el pasado destruido y el futuro devastador. Luego pasan los años y los recuerdos fluyen, se recorta la vida y aparece la idea de la muerte que es el fin de la lucha entre el amor y la muerte.

El libro *Esto es todo* tiene que encontrar una vía, un camino pues varían las reflexiones, la espera, el elogio, las coincidencias, la rebelión de los pesares, la desazón, el deseo, la muerte.

La muerte le ofrece su rostro a la escritora, que sólo disminuye el murmullo de las palabras que la debilitan y la entristecen. Sin embargo es un libro de amor. “Habrá una escritura de lo no escrito.” “Nunca nadie ha escrito a dos voces.” Pero *Esto es todo* es un diálogo a dos voces donde surgen preguntas que podrían trastocar la expresión, la palabra, la voz, el

DURAS SIEMPRE HA BUSCADO PREFERENCIAS NO DIRIGIDAS POR EL TIEMPO DE LOS PÉNDULOS, SINO POR EL TIEMPO INESPERADO, INAUDITO, VALEROSO PARA LA MEMORIA.

sentido. En este caso la fascinación del amor a los dos les podría causar la quiebra entre dos estados del ser. En este tramo, cuando se vive una obsesión amorosa, las dificultades se tornan insoportables, laberínticas, y al final las palabras pretenden en vano embaucar no sólo al amor sino a la muerte también.

Me siento aplastada por la existencia.

Me estimula para escribir.

He escrito muchísimo sobre ti cuando te marchaste —sobre el hombre al que amo.

Estás poseído por el encanto más vivo que jamás haya visto.

Eres el autor de todo.

Todo lo que yo he hecho, lo habrías podido hacer tú.

Oigo decir que has renunciado a esta frase, aquella frase.

La escritura alcanzó a pulir su trabajo sorprendente que en su totalidad desconcierta, asombra por su desgajado enlace y sus afinidades. Un libro como *Esto es todo* presume la confirmación de la expresión valiente de una vida arriesgada como la de Duras.

Su esfuerzo era tan grande e irrefrenable que seguía preservando su vida pero quería rehuir y paralizar la muerte para escapar. Escribir y amar son dos palabras vibrantes que aparecen en su abatimiento, pero ella no se permite la chifladura de la renuncia.

Ven a amarme.

Ven.

Ven a este papel blanco.

Conmigo.

Te doy mi piel.

Ven.

Rápido.

Dime adiós.

Esto es todo.

Ya no sé nada de ti.

Me voy con las algas.

Ven conmigo.

Duras señala que su vida es libre, abierta. Su rumbo tiene muchas líneas donde deambular entre penosas aseveraciones, deseos ilusorios, absurdos. La escritura le permite la resistencia, el aguante porque no quiere morir.

Quiero hablar de alguien.

De un hombre que, a lo sumo, tiene veinticinco años.

Es un hombre muy apuesto que quiere morir antes de haber sido seducido por la muerte.

Le amas.

Más que eso.

La belleza de sus manos, eso es, sí.

Sus manos que avanzan hacia la colina — convertida en imagen distinta, clara, tan luminosa como la magia de un niño.

Le beso.

Le espero como espero a quien destruirá esta imagen deshecha, dulce y todavía cálida.

Qué entera te ví, con todo mi cuerpo, esta magia.

Yann se presenta en la casa de Marguerite Duras, en Trouville (La Mancha, 1980). Él se siente feliz, aunque la conoce poco; sin embargo, encauza el comienzo del encuentro. Advierte que debe ser decisivo, ya que ha intercambiado cartas con ella. Yann es un joven

inteligente, estudiante de filosofía que muy bien puede conversar con Marguerite, quien le concede su admiración. Esta actitud le permite a la escritora rememorar las experiencias amorosas de su vida y de sus libros. Decide pasar por alto los fracasos, descontentos, al mismo tiempo su sensibilidad, su indagación intelectual que incomoda la evocación profunda, íntima, así como su incesante rebeldía.

Yann es su confidente, su amante de la noche, su alucinante portento de felicidad, y ella es el hálito que alude a lo horroroso de la muerte. La escritura, los poemas, las palabras llaman a la belleza y a lo sibilino y hermético, con un giro fresco y actual en que se amalgaman la filosofía y las letras.

El tiempo vivido en el colmo de la exageración se expresa en la honestidad de su escritura. Su obra es arriesgada, de carácter diverso, endiablado tanto como demanda la escritura.

Escribir. Escribir en el desasosiego cuando ya no haya palabras antes de confesar “ya no sé escribir”. Lo único que puede quedar es el consuelo, pues Marguerite tiene un vínculo profundo con Yann. “Estar juntos, es el amor, la muerte, la palabra, dormir.”

De pronto entiende que lo efímero del amor tiene ciertas características como el desnivel de sus edades: por una parte Yann apenas se estaba acercando a los veintinueve años, mientras que Marguerite tenía sesenta y seis. Además ese compañero suyo es homosexual.

Escribe: “este amor, que tengo por ti y del que sé que es ilusorio, y que a través de la aparente preferencia que siento por ti, sólo amo al amor mismo, nada más, el amor no desmantelado por la elección de nuestra historia”. Sin duda subsiste la relación amorosa puesto que aparecen algunas frases citadas en *Esto es todo*. No es una partida ni una fuga: es un repaso, un sumario de su vida, de su voluntad incluyente e irreductible.

Se ha terminado todo.

Todo se ha terminado.

Es el horror. ●

SIN TÍTULO / ACUARELA / DUOTONO



C. Ruiz
2012